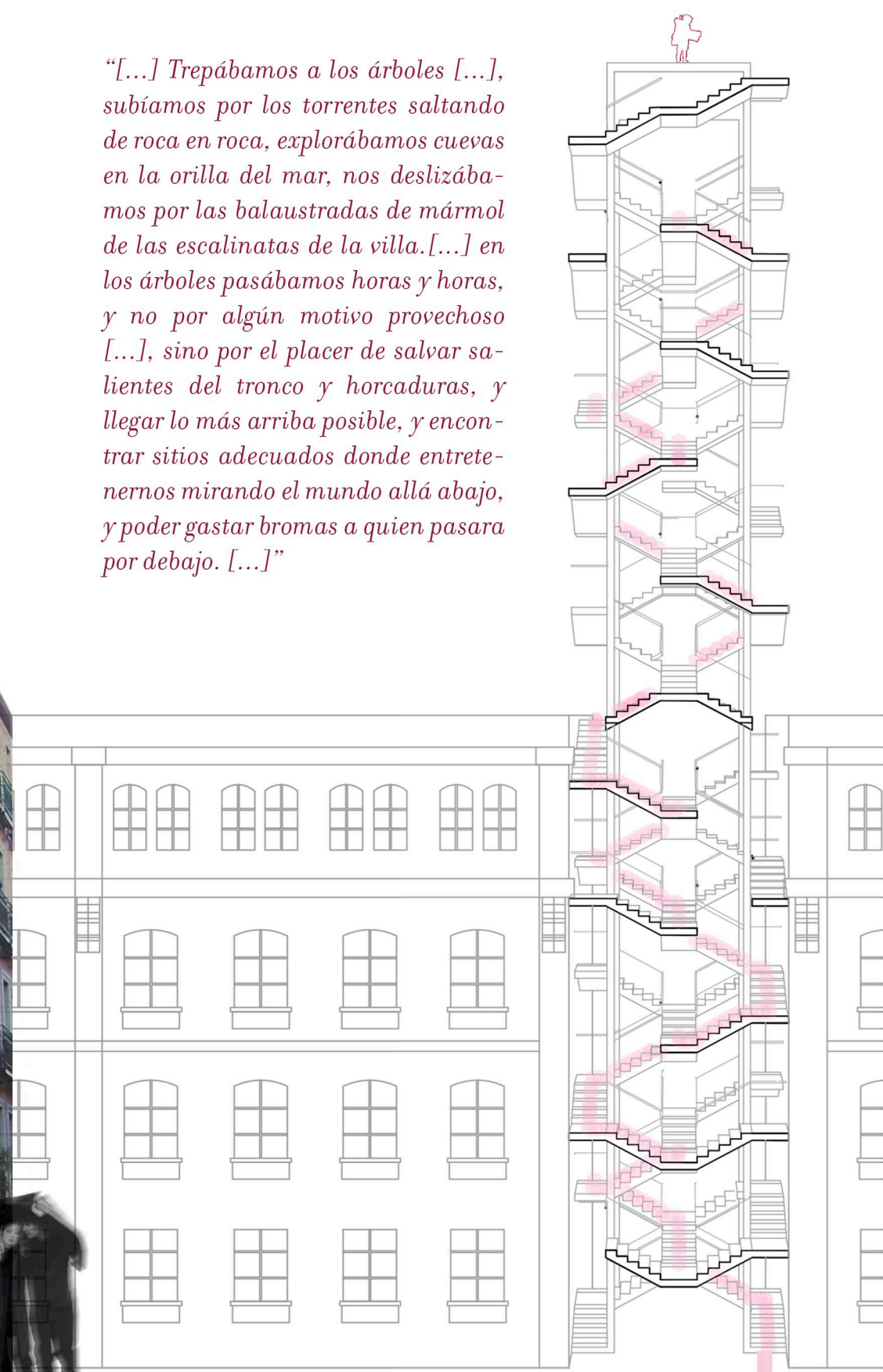
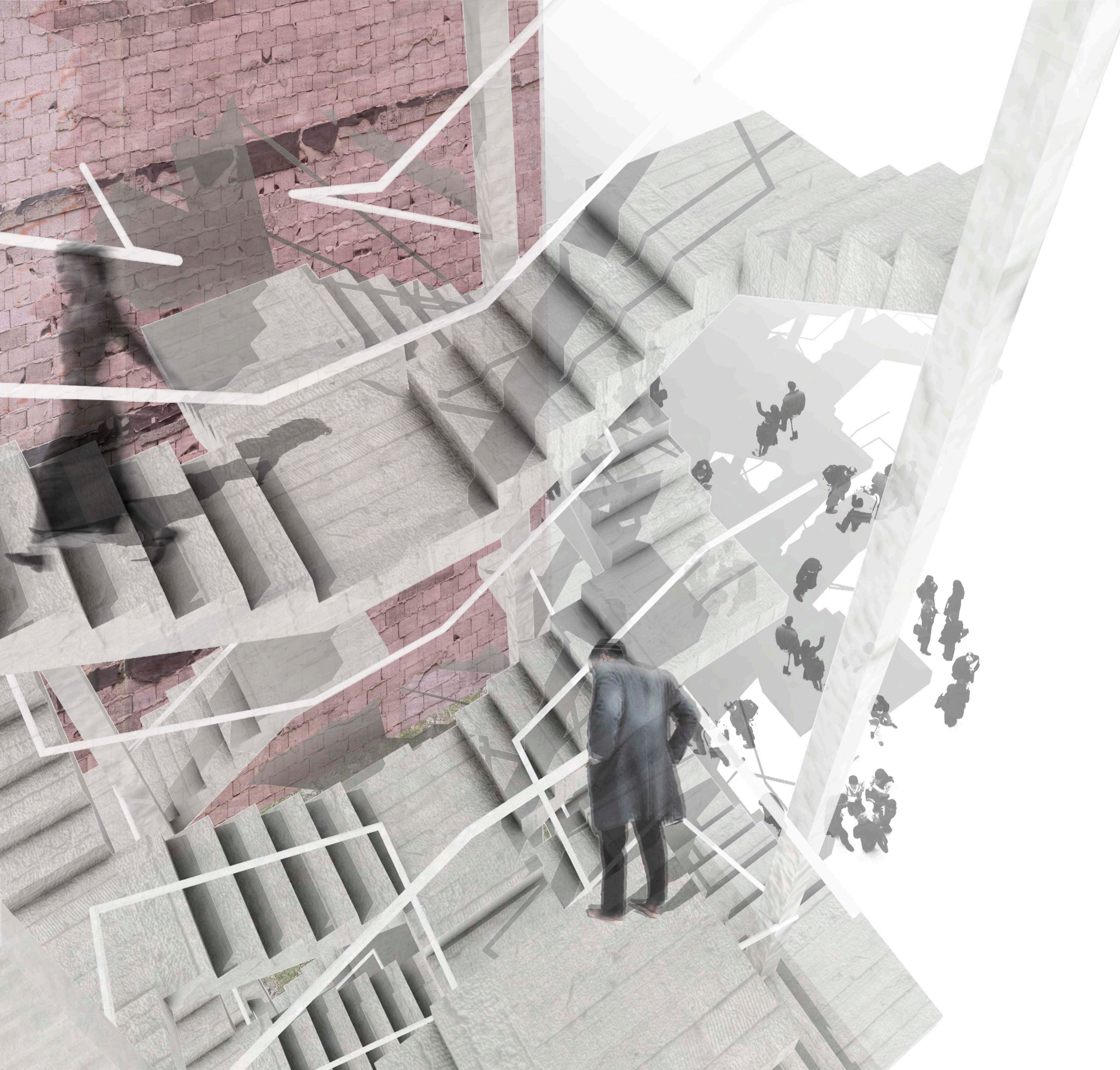


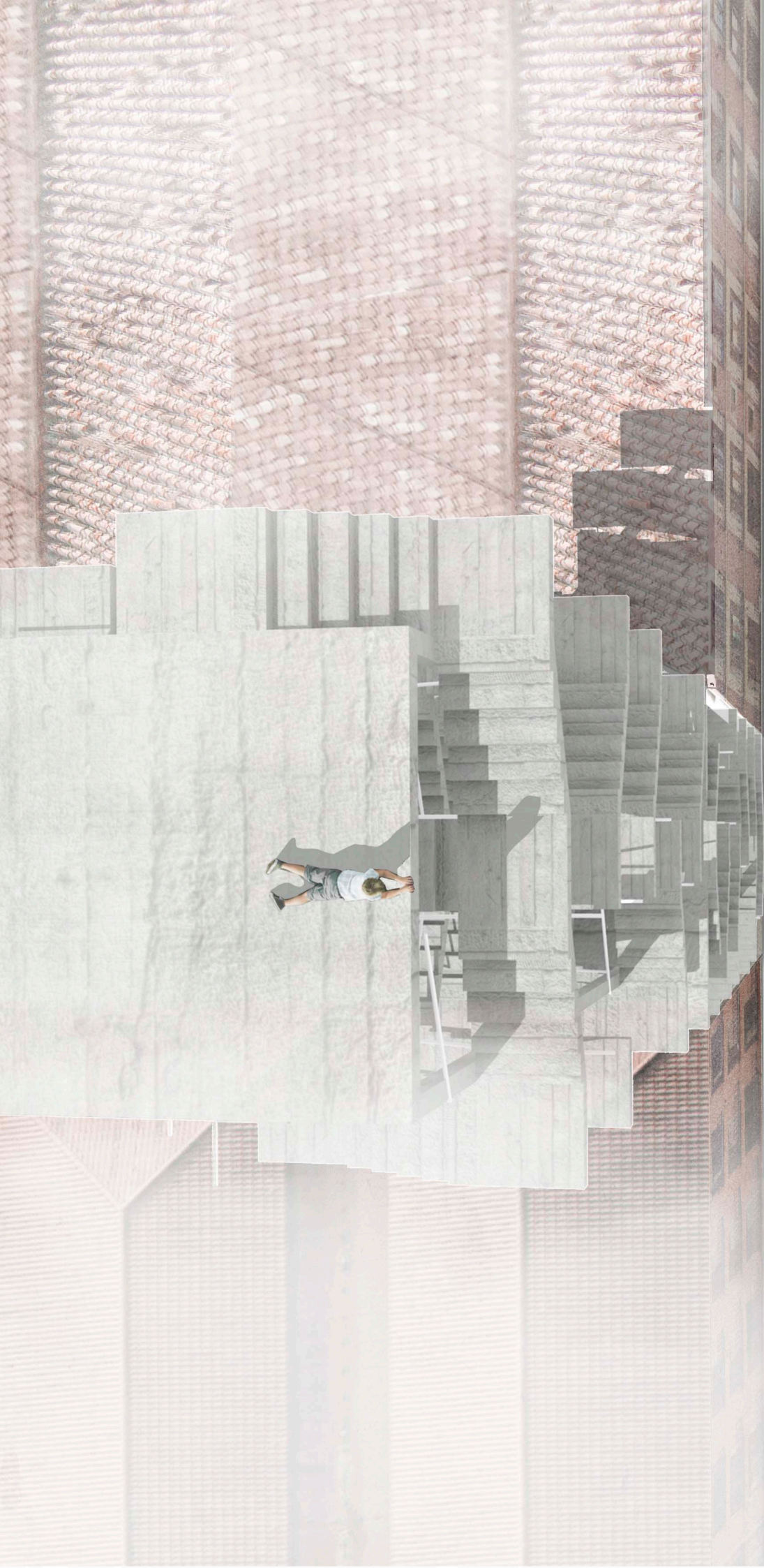


“[...] Trepábamos a los árboles [...], subíamos por los torrentes saltando de roca en roca, explorábamos cuevas en la orilla del mar, nos deslizábamos por las balaustradas de mármol de las escalinatas de la villa.[...] en los árboles pasábamos horas y horas, y no por algún motivo provechoso [...], sino por el placer de salvar salientes del tronco y horcaduras, y llegar lo más arriba posible, y encontrar sitios adecuados donde entretenernos mirando el mundo allá abajo, y poder gastar bromas a quien pasara por debajo. [...]”

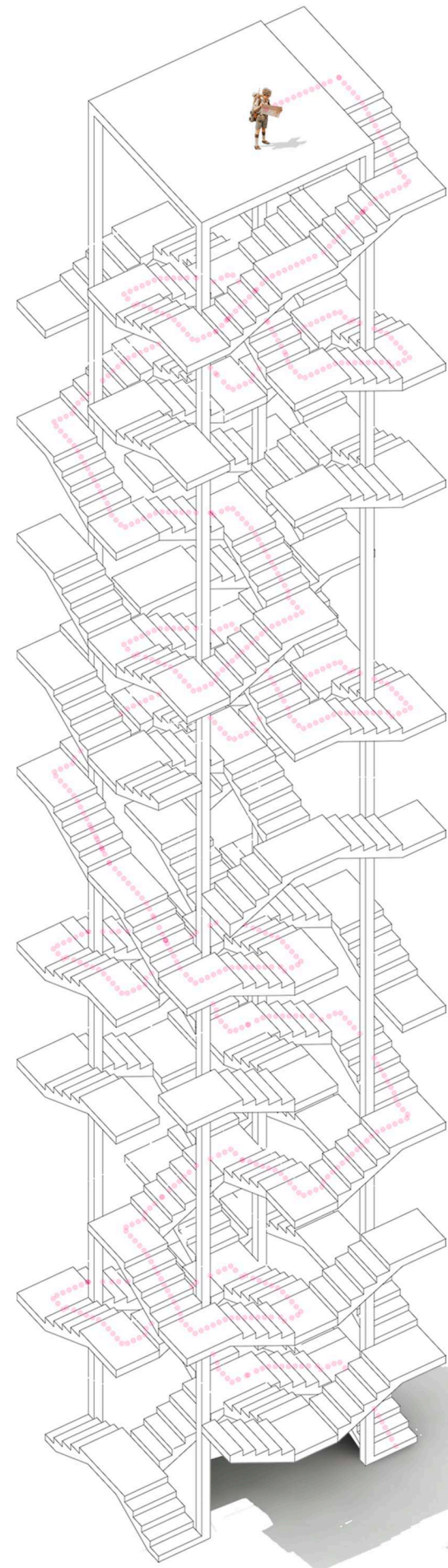




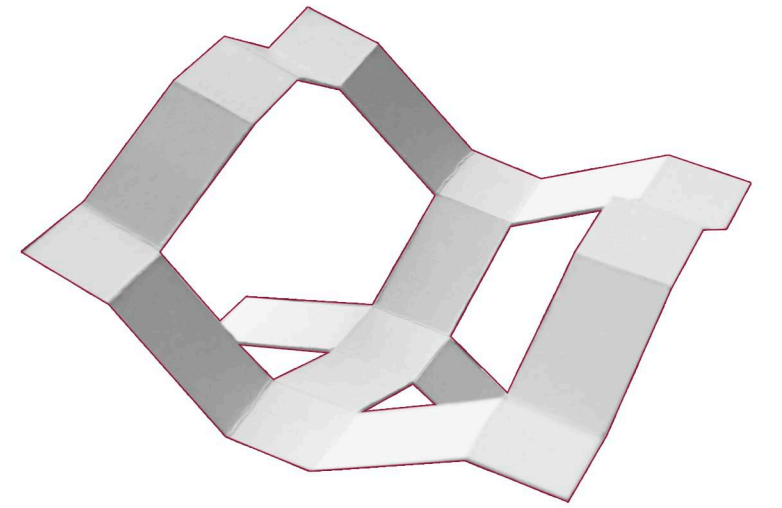
“[...] Lo recuerdo como si fuera hoy. Estábamos en el comedor de nuestra villa de Ombrosa, las ventanas enmarcaban las espesas ramas de la gran encina del parque. [...]. Recuerdo que soplaban viento del mar y las hojas se movían. Cósimo dijo: «¡He dicho que no quiero y no quiero!», y rechazó el plato de caracoles. Nunca se había visto una desobediencia tan grave.[...] y decidió separar su suerte de la nuestra [...] El sol se filtraba entre las hojas, y nosotros, para ver a Cósimo, teníamos que hacer pantalla con la mano. Cósimo miraba el mundo desde el árbol: todo, visto desde allá arriba, era distinto, y eso ya era una diversión. [...] Mi hermano estaba como de vigía. Miraba a todas partes, y nada importaba. [...]”

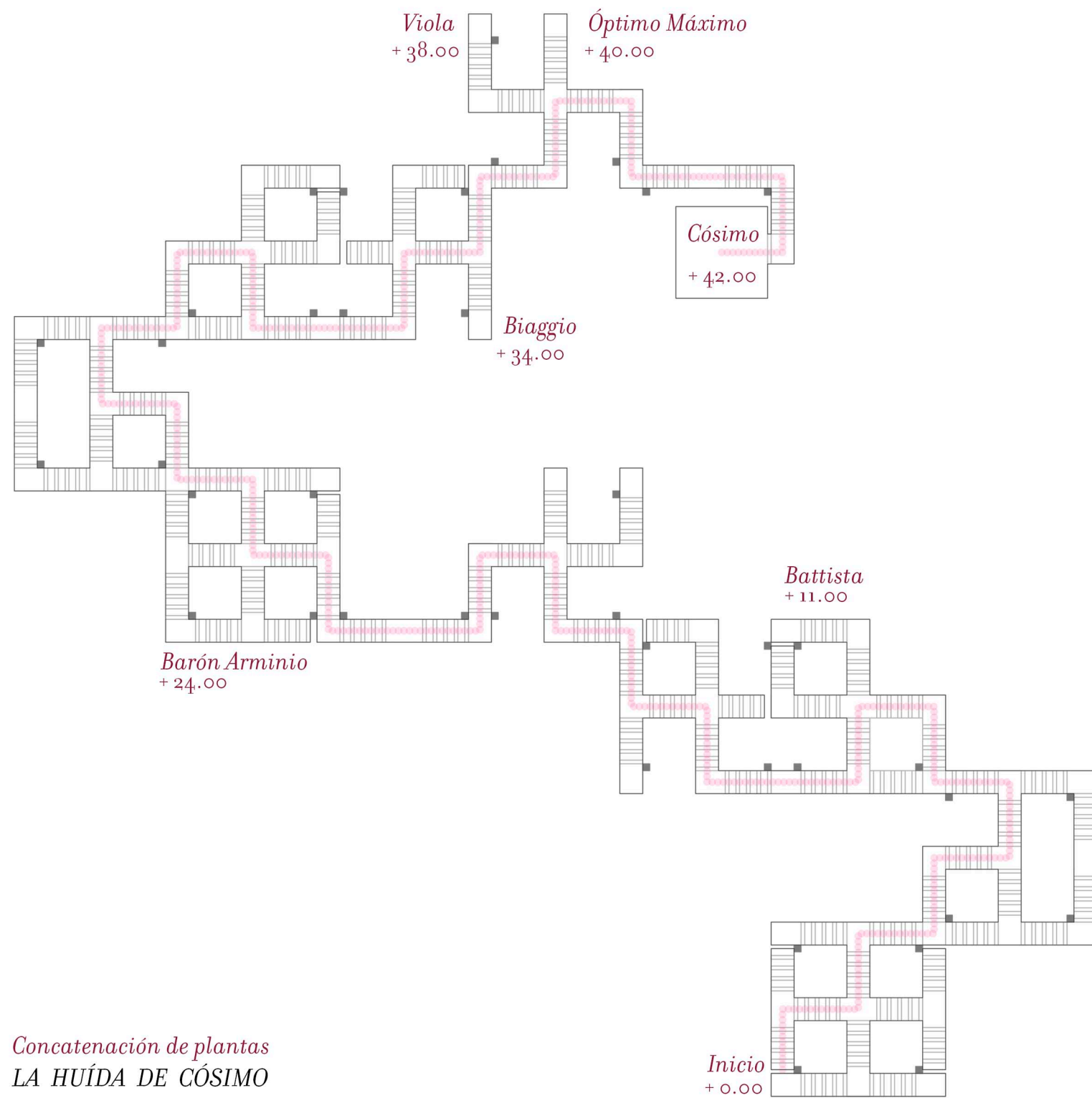


La ansiada soledad
LABERINTO VERTICAL



Suma de pliegues
MAQUETA





Concatenación de plantas
LA HUÍDA DE CÓSIMO

“[...] Mirando el cielo despejado me pregunto si en verdad ha existido. Aquella profusión de ramas y hojas, bifurcaciones, lóbulos, penachos, diminuta y sin fin, y el cielo sólo en relumbrones irregulares y recortados, quizá existía solamente para que pasase mi hermano con su ligero paso de chamarón, era un bordado hecho sobre la nada que se asemeja a este hilo de tinta tal como lo he dejado correr por páginas y páginas, atestado de tachaduras, de remisiones, de borrones nerviosos, de manchas, de lagunas, que a ratos se desgrana en gruesas uvas claras, a ratos se espesa en signos minúsculos como semillas puntiformes, ora se retuerce sobre sí mismo, ora se bifurca, ora enlaza grumos de frases con contornos de hojas o de nubes, y luego se atasca, y luego vuelve a enroscarse, y corre y corre y se devana y envuelve un último racimo insensato de palabras, ideas, sueños, y se acaba.”



“UNA TORRE PARA VOLAR” Huir, esconderse y buscar. Sobre todo esto último, buscar. Buscarse a uno mismo o a aquella persona a la que le des el privilegio de llegar hasta ahí. ¿En qué pensaban el arquitecto Libera y el escritor Malaparte al diseñar ese irreplicable espacio dominante sobre el paisaje de Capri? ¿Qué pudo provocar que un niño como Cósimo decidiese pasar la totalidad de sus días a una cota superior a la del resto, siendo así inalcanzable?

Querer alejarse de los estímulos que te rodean y así poder salir de la perspectiva cotidiana y contemplar tu universo desde un punto de vista totalmente nuevo. Ser un vigía de tu propia vida, imaginar que incluso tú mismo sigues ahí abajo, continuando con tu vida como si de un autómata se tratase, mientras tú, tu verdadero “tú” analiza lo que en ese momento haces y reflexiona acerca de ese mismo hecho, de ti y de tu contexto. Ese momento de soledad en el que ni tú mismo te interrumpes, en el que todo obstáculo se elimina y más que nunca tu cuerpo pasa a ser tu mejor herramienta, pues funciona sigilosamente, sin que lo percibas, sin que te des cuenta ni siquiera de que está ahí, contigo. Al mismo tiempo, todo lo que te rodea parece cambiar de significado, por el mero hecho de verlo desde donde nunca antes lo habías observado y te invade la sensación de presenciar un tablero de juego, una partida en la que las cartas ya están echadas y todo se rige según un guion preestablecido.

Pero este juego puede cambiar, podemos romper la baraja y crear nuestras propias bazas. Podemos decidir qué es lo que de veras queremos hacer. Pero tenemos que poder pensar, poder reflexionar, llegar a ese estado en el que nada más importa, ese momento en el que, como Cósimo—, nos sentimos con el derecho y el poder de hacer lo que se nos antoje, porque si no ponemos nuestro pie en terreno ajeno, nadie tiene la potestad de decirnos nada. Crear un desierto propio, en el que la lejanía a todo lo demás nos proteja de cualquier interrupción no deseada. Un desierto siempre accesible, compacto

en forma, pero lo suficientemente extenso como para poder perderse dentro de él. El árbol al que se subió Cósimo. Un tronco, lleno de ramas que no llegan a ninguna parte, pero que de por sí ya empiezan a tomar ese carácter de espacio al que solo tú puedes acceder y donde tú eres el rey. Y sobre todo la copa, allí donde Cósimo pasó el resto de su vida, allí donde todos podríamos hacer de vigías de nuestras vidas.

Ojalá todos tuviésemos ese árbol. Ojalá todos pudiésemos subir unos pocos peldaños y encontrarnos cara a cara con el mar, con el todo y la nada, como imaginamos que el señor Curzio Malaparte haría en ese pequeño paraíso que mano a mano y bronca a bronca logró crear junto con Libera. Ojalá las escaleras de Escher no fuesen una ilusión y estuviesen siempre ahí para dejarnos tomar un camino propio y a la vez inaccesible para todo aquel que no haya sido invitado.

